

Sebastián Pineda Buitrago, *La crítica literaria hispanoamericana (Una introducción histórica)* (Madrid: Ediciones Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, 2022), 299 pp.

RECEPCIÓN: 29 de agosto de 2022.

APROBACIÓN: 20 de septiembre de 2022.

DOI: 10.5347/01856383.0143.000306361

“Estoy escribiendo la obra que un día quise leer”, decía hace poco, en sus redes sociales, la notable escritora puertorriqueña Marta Aponte Alsina, y esa misma parece ser la premisa de la que partió el profesor e investigador literario de origen colombiano, aunque radicado en México, Sebastián Pineda Buitrago, para afrontar la compleja empresa de esta obra. Nunca se ha llevado a cabo tal labor de una forma panorámica, nos dice, y, desde luego, el autor tiene muy presentes los esfuerzos —el corpus— que han cristalizado hasta este momento: *Problemas de historia de la crítica literaria en Hispanoamérica y Brasil* (1995), de Agustín Martínez; *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición* (2003), de Arcadio Díaz-Quiñones; *El poder de la palabra. Ensayos sobre la modernidad de la crítica cultural hispanoamericana* (2007), de Guillermo Mariaca Iturri; *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*, de Víctor Barrera Enderle; y *De las más altas cumbres: teoría crítica latinoamericana moderna (1876-2006)*, de Grínor Rojo. De esa tradición parte el autor, aunque con una voluntad historiográfica más amplia, al menos en cuanto al compromiso de retroceder y preguntarse cuándo surge la crítica en Hispanoamérica. ¿Qué trabajos podrían considerarse fundadores? ¿Cuáles son las voces más autorizadas y representativas del pensamiento hispanoamericano? ¿Cómo hemos llegado a la situación actual?

Por la complejidad de la labor, el primer empeño de Pineda Buitrago es matizar el concepto de “crítica literaria”, lo que lo lleva a descartar campos como la retórica, la poética o la teoría literaria en general, para centrarse en el ámbito más cercano a la historia de las ideas y la cultura, al pensamiento filo-

lógico y estético, en definitiva, al de la reflexión filosófica aplicada a los objetos literarios. El lector, por tanto, accede al objeto de conocimiento por medio, muchas veces, de polémicas, continuidades o discontinuidades, una suerte de juego de simpatías y diferencias, como diría don Alfonso Reyes —muy presente, y bien librado, en este volumen—. Ante tal vastedad de corrientes de pensamiento, libros y proyectos de vida, tiempos históricos y espacios nacionales que transitan por esta obra de carácter historiográfico (y que, por supuesto, demuestran una solvente capacidad de síntesis, diálogo y posicionamiento crítico del autor), los lectores tenemos la sensación de que se apuntan numerosas aristas que no se comprueban o sobre las que no hay espacio para profundizar. Por ejemplo, intuimos una opinión mucho más formada y compleja en torno a la vinculación de algunos de los caminos de la crítica literaria con el sentido y fin último del derecho en América, pero finalmente no se elabora más. Y es que, a pesar del abundamiento de datos ordenados —y pertinentes— que el autor muestra, una obra como esta exige contención para guiar con claridad las corrientes de pensamiento. En este sentido, a modo de *captatio benevolentiae* —no hay retórica como objeto de análisis, pero sí como artificio discursivo—, Pineda Buitrago cataloga su esfuerzo como una “introducción histórica” —y lo eleva a la categoría de subtítulo del libro—, quizá como cláusula de prudencia que le permite ampliar y amplificar un espacio común con sus potenciales lectores: el del deleite. Ya desde el prefacio, la obra es un detonador de ideas en torno a los caminos que ha seguido la crítica literaria hispanoamericana, ideas sobre las que podremos o no estar de acuerdo, pero que son originales y están argumentadas, además de que de alguna forma se enuncian también con un tono polémico y con conciencia de lo estético, es decir, por medio de un diálogo creador.

La estructura del libro también corresponde a los objetivos que se propone el autor. Hay un “Prefacio” que funciona como una especie de *totatio y partitio* del objeto de estudio y que da pie a una división de capítulos no numerados y a otra de subcapítulos numerados de forma correlativa hasta el 24. Los primeros establecen la temporalidad (“Escarceos de la crítica en la era colonial”, “La crítica literaria en el siglo XIX”, “La crítica literaria en la primera mitad del siglo XX”, “Los poetas como críticos” y “La teoría crítica de la segunda mitad del siglo XX”), es decir, la diacronía que marca la columna vertebral del estudio historiográfico, mientras que los segundos atienden más a una figura intelectual o a un enunciado que resume un momento histórico crucial para la

crítica, esto es, privilegia la sincronía, las elecciones del autor al paso del tiempo. Por último, un capítulo titulado “Idea de la crítica según los Grandes Autores” (así, con mayúsculas), que recopila fragmentos de obras en las que se produce una definición de la crítica. La selección, enmarcada en una cita textual de la filóloga María Rosa Lida, termina por develar las afinidades o afinar las develaciones de los críticos que el autor del libro considera esenciales, decantadores: Andrés Bello, José Martí, José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Lezama Lima. Son ellos, y no tanto otros —dice Pineda Buitrago en el “Epílogo” final—, porque concibieron la literatura como materia y fuente viva de casos y costumbres que ayudan a proveerse de opiniones razonables, “privilegiando la inteligencia vital”. El “Epílogo” es prácticamente un espejo de las cuestiones que el autor ya había abierto al inicio del libro, si cabe refrendadas con juicios más totalizadores y claros de su postura crítica; tanto así que las ideas vienen precedidas por la numeración del párrafo y una primera oración temática que supone un axioma de cómo debe concebirse la crítica hispanoamericana a juicio del autor, como si (nuevo ardid retórico) quisiera que estos se fijaran en la memoria del lector. De entre todos, por afinidad, me gustaría destacar el 5, en el que Pineda Buitrago afirma que “el crítico hispanoamericano debería abreviar con más frecuencia en cierta literatura popular”, en cuanto a dejar de privilegiar la erudición en la creación del acto poético y atender a la tópica, lo cual irremediamente plantea la obligación de documentar como requisito para interpretar.

Como dijimos, la mayor parte de esos subcapítulos numerados, que son en realidad el hilo principal por el que transitan las corrientes de la crítica literaria hispanoamericana, aluden a algún crítico literario en concreto, de tal forma que el subcapítulo supone un desarrollo de su obra, sus ideas, sus principales polémicas, confrontaciones y afinidades. La sensación, entonces, es la de que a veces la exposición se detiene y se vuelve personalista, en cuanto es el pensamiento individual de cada uno de los intelectuales latinoamericanos el que va marcando la pauta de la corriente de pensamiento, perdiendo por momentos el apoyo que esta corriente pudo tener dentro del establecimiento cultural o entre las propias ideas que eran parte de la sociedad que habitaba. Visto así, la historiografía se va tejiendo muchas veces a partir de saltos entre las islas representadas por estos críticos literarios, saltos entre ideas que el siguiente confronta o matiza y que entrelazan los caminos y el mapa del pensamiento. Mucho tiene que ver, en este sentido, el propio posicionamiento

epistemológico que en ocasiones desliza el autor, por medio de la voz de los intelectuales que le son más afines. Así, llegado el caso, en el libro se afirma que “en lugar de precipitarse en falacias sociológicas o místicas, conviene asumir la lectura filológica como acto de valor para comprender una cultura, y no dar el salto a otra cosa”, y el lector no sabrá si esto es una afirmación de Alfonso Reyes o del propio Pineda Buitrago o de aquel que refrenda este. En fin, si lo llevamos al campo de la ficción, se trataría de una suerte de estilo indirecto libre producido por la mimesis con el pensamiento del crítico literario, lo cual cumpliría además con el deseo que defiende el propio autor: que los críticos también sean creativos, creadores. A partir de estas mimesis, de este pensar de forma dialogada con los grandes, asistimos no solo a la exposición de carácter historiográfico de las ideas, sino también a las simpatías y diferencias del propio Pineda Buitrago. Así, cataloga de “cierto tono panfletario” algunos de los planteamientos de Antonio Cornejo Polar; afirma que “el exceso de amor es la muerte de la crítica”, en relación con algunos seguidores incondicionales de Octavio Paz; o dice que “todo gran crítico literario comete exageraciones”, en relación con Ángel Rama e incluso con su propia escritura. Al final, parecen prescripciones o cualidades de las que debería hacer acopio un crítico literario moderno.

170

Por tanto, en los intersticios de este diálogo que Pineda Buitrago mantiene con cada uno de los críticos literarios que pueblan el libro, encontraremos no solo su posicionamiento y sus creencias en torno a la crítica literaria misma, sino también una proyección hacia donde piensa el autor que debe seguir transitando la crítica literaria hispanoamericana. Y en ese tránsito, por momentos, se desliza un dejo de melancolía en el hecho de que la escritura libre, polémica, provocadora, creadora, pareció morir con el auge de la crítica académica. Por eso, la fortaleza de los juicios emitidos no se sustenta tanto en el constructo racional de las ideas y los argumentos, sino en el horizonte de la historia, en la posibilidad de documentar la historia literaria. Por último, algo que lamentamos y que resulta paradójico, es que el libro se publique en el Reino de España, con las dificultades que esto implica a la hora de conseguirlo en nuestras repúblicas. Pensemos que esto se pueda subsanar con una segunda edición americana, que además pudiera ser aumentada (poniendo en riesgo aquello de la “introducción”) y corregida de las siempre vivas erratas ortotipográficas. A pesar de esto, estamos seguros de que cualquier lector compartirá el espacio común que delinea Pineda Buitrago al inicio, el del disfrute,

porque no se resistirá a dialogar, a tomar notas y subrayar, a converger y divergir de algunos de los comentarios o perspectivas; en definitiva, a hacer también crítica textual frente a la historia de la crítica literaria, lo que es en sí mismo un detonador para que el lector especializado tome una postura activa y consciente de su época y del papel relevante del crítico hispanoamericano en la actualidad.

CONRADO J. ARRANZ MÍNGUEZ
Departamento Académico de Lenguas, ITAM